

## EL BUEN GESTO

Por Luis Gámez

Quimera | 2011

En Albany, capital del Estado de Nueva York, los demócratas han ostentado todos los cargos electos desde el año 1931 hasta el presente. Hay una broma, contada por el gobernador de Nueva York, Mario Cuomo, en 1982, que ilustra la creatividad con la que Dan P. O'Connell, líder del Partido Demócrata en el condado desde 1919 hasta su muerte en 1977, manejaba las técnicas electorales. Según Cuomo, O'Connell fue abandonado en una isla tropical junto a otro hombre, con el cual acordó una votación para decidir quién de los dos se comería el único coco que tenían. Tras el recuento de votos, O'Connell resultó ganador por ciento diez votos a uno. Erastus Corning II, elegido para su segundo mandato mientras aún luchaba en Europa contra los nazis, fue alcalde de Albany desde 1942 a 1983, y solo la muerte pudo arrebatarle una nueva victoria, al sorprenderle en su despacho. Mantuvo el poder durante once mandatos: siete gobernadores de Nueva York y nueve presidentes fueron elegidos en ese tiempo.

En esta Sodoma y Gomorra de la moderna historia de la democracia estadounidense nació William Kennedy en 1928. Formado como periodista, su primer trabajo tras dejar el ejército (donde también fue reportero) en 1952, lo consiguió en el Albany Times-Union, uno de los periódicos fuertes de la ciudad, pero solo cuatro años más tarde aceptaría un cargo en el Puerto Rico World Journal. En Puerto Rico conoció al que fue su amigo y mentor a partir de entonces y quien más lo alentó en su carrera como escritor de ficción, Saúl Bellow.

Si necesito remontarme tan atrás en el tiempo para hablar de *Roscoe*, editada en su lengua original en 2002, es debido a su pertenencia a una saga narrativa, formada por libros independientes, pero en la que desde muy pronto Kennedy trabajó con la intención de conformar lo que él mismo denominó como el Ciclo de Albany.

Las breves notas de color local y político apuntadas arriba deberían servir, por breves que sean, para señalar el dramatismo intrínseco a la propia ciudad. La capacidad narrativa de Kennedy, que entronca con las grandes sagas del realismo decimonónico, de Balzac a Galdós y llegando hasta Faulkner o Steinbeck, ha extraído de la historia de Albany la piedra preciosa de un ciclo formado hasta la fecha por seis novelas, entre ellas la que le hizo merecedor del Pulitzer, *Tallo de hierro*. Perc como nos advierte el propio autor desde el epílogo de *Roscoe*, aunque aparezcan personajes reales en su obra o estos hayan sido recreados en personajes de ficción: "Este libro es una novela, no una obra histórica. Existió en Albany una maquinaria política comparable a la que aparece en estas páginas, algunos de los acontecimientos relatados corresponden a la realidad histórica ciertos personajes pueden parecer personas reales. Pero no es eso lo que me propongo".

Tanto Dan P. O'Connell, líder de la Maquinaria, como su protegido Erastus Coning II, grotesca evidencia del éxito demócrata en Albany, tienen en la novela su reflejo de ficción, Patsy McCall y Alex Fitzgibbon, respectivamente, con un papel ineludible en el desarrollo de la trama. Y algunos de los sucesos a los que Kennedy se refiere podrían ser, como ejemplo, la investigación que el gobernador republicano Thomas E. Dewey inició contra la Maquinaria de O'Connell o el asesinato de Jack Diamond, toda una celebridad criminal en el Nueva York de la era de la Prohibición, al que Kennedy ya dedicó una novela del ciclo, *Zegs*.

Sin ánimo de ofrecer una explicación simple a la ambición inabarcable de Kennedy, pero coincidiendo con él, se podría decir que *Roscoe* no es siquiera una novela histórica, ni una obra política, ni como podría sugerir la aposición añadida por su (acertado) traductor, una simple historia de amor y guerra. *Roscoe* es una fabula alegórica, cuya trama asume todo lo anterior (es eso y mucho más), que desentraña relaciones arquetípicas basadas en valores como el amor, el honor, la lealtad (no necesariamente en ese orden y casi siempre excluyéndose unos a otros). Gracias a la situación privilegiada del narrador centro perpetuo del imparable huracán de los acontecimientos, que nos guía por el Infierno de la política de Albany desde los años de la Prohibición al Día de la Victoria, Kennedy puede reflexionar sobre cuestiones como la paternidad, la amistad, el valor de la verdad y el poder (cómo conseguirlo y qué hacer con él para mantenerlo), y muy especialmente sobre la aparición de una aristocracia política asentada en un sistema democrático imperfecto que se ha construido sobre las ruinas de la clase popular (en este caso concreto, muy especialmente, la proveniente de la inmigración irlandesa tras la Gran Hambruna, *An Gorta Mór*, a mediados del siglo diecinueve) y sustentada por el mundo marginal y delictivo de la noche (ambos, política y crimen, dos caras de la misma moneda: el control de las grandes ciudades).

El argumento de la novela es sencillo, no así la forma en que se desmadeja su trama y las implicaciones de sus motivos principales (la política, la guerra y el amor, vistos como un asunto de negocios). Elisha Fitzgibbon, importante industrial de la zona y padre de Alex, con un poder económico inconmensurable, junto al cicatero Patsy McCall y el astuto Roscoe Owen Conway, forman en el relato de ficción el exitoso triunvirato demócrata que llevó al poder, diríase eterno, al Partido Azul en los años veinte. La novela comienza el Día de la Victoria, con un Roscoe decidido a abandonar la vida pública en una especie de gesto sacrificial, bajo las presiones habituales de su cargo y de su no siempre limpia trayectoria, pero con menos ánimo para continuar en el frente de la batalla política. El inopinado suicidio de Elisha lo mantendrá en el Partido Demócrata al menos hasta la reelección de Alex como alcalde y lo volverá a aproximar a su antiguo amor, la viuda Verónica. En un intento por comprender la decisión de su amigo de quitarse la vida, Roscoe recordará su pasado y tratará de hacer frente al cambio de ciclo que se avecina con la vuelta de los ambiciosos jóvenes que han luchado en el frente. La novela es una compleja reunión de tramas de negocios criminales, de políticas deshonestas y de disputas familiares que desvelarán oscuros secretos. Y en el ojo del huracán, como eje de la vida pública de Albany, en el centro de todos los conflictos, como llegarán a reprocharle en la propia novela, Roscoe. En la recreación de la ciudad de Albany y la creación del *fatstffiano* Roscoe, con influencias que pueden remontarse a Joyce (por la importancia de la ascendencia irlandesa y la educación católica tanto como por el peso del entorno urbano) o Scott Fitzgerald (por la descripción de tipos infames e irresistibles), es donde Kennedy muestre la fuerza de su músculo literario.

En una aproximación superficial, Kennedy parece decirnos que las democracias modernas se asientan en un suelo fértil gracias a los desperdicios y la podredumbre que se ocultan bajo las flores del progreso. Pero *Roscoe* no se limita al comentario político, sino que ejecuta una profunda tragedia humana: el héroe como producto de otra era. Un tiempo de rufianes ambiciosos pero nobles, leales, sacrificados a los ideales en los que creen pero despiadados con sus enemigos. El mundo de Roscoe se desvanece casi a la misma velocidad con la que posa su mirada sobre las cosas. Roscoe pertenece más a ese mundo de contornos difusos que al que se precipita contra él y la tragedia reside en su conciencia de ello. Kennedy acierta al elegirlo como eje de la obra, narrador testigo que crea más que recrea) incluso en la rememoración, para escenificar la problemática relación entre historia y ficción, verdad y veracidad. De nuevo en el

epílogo: "Como señala Roscoe, la verdad estriba en los detalles, aunque estos sean inventados".  
Roscoe es el muerto vivo que inventa el futuro. Kennedy, el maestro que lo ha conjurado.